



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Comonfort
Politica del General
Comonfort durante su
gobierno en Mejico

972.07
G73

972.07

G73

Columbia University
in the City of New York



Library

POLITICA

DEL

Ignacio
GENERAL COMONFORT,

DURANTE SU GOBIERNO

EN

M E J I C O .

NUEVA-YORK:

Imprenta de Hallet, 107 Calle de Fulton.

1858.

H. A. ...

Lanzado á una playa estrangera por las tempestades políticas de mi patria, lejos del torbellino de las pasiones que se agitan en ella, y extraño enteramente á la lucha de los partidos que la destrozan, ha llegado el momento de explicar á mis conciudadanos y á todo el mundo, cuales fueron los móviles de mi conducta durante mi borrascosa administracion, cual el pensamiento político que presidió siempre á mis actos de gobernante, y por qué causas se malograron al fin los esfuerzos que hice por dar paz y libertad á la República Mejicana.

Al separarme de ella en Febrero de este año, bien sabia yo que dejaba detrás de mí al espíritu de partido, que habia de perseguirme con sus calumnias hasta en la tierra estrangera; pero me propuse callar por entonces, esperando que calmados con el tiempo los espíritus, y distante ya la época en que se habian agitado, mi voz seria escuchada sin tantas prevenciones, y mis palabras mejor comprendidas.

He cumplido hasta ahora este propósito, no obstante que los ataques de mis enemigos me han impulsado mas de una vez á quebrantarle. Pero como veo que las pasiones no se cansan de perseguirme, y que la mala fé y la calumnia siguen con implacable tenacidad arrojándome sus flechas envenenadas, es ya indispensable que yo rompa un silencio que no ha servido para libertarme de ataques injustos, y que ademas puede ser desfavorablemente interpretado. Creo, por otra parte, que el periodo de mi administracion ha sido fecundo en lecciones provechosas para mi pais, y no debo diferir por mas tiempo el hacérselas notar á mis compatriotas, ya que al cumplir esta obligacion, puedo volver por el honor de mi persona y de mis principios, respondiendo victoriosamente á los que se han complacido en vilipendiarlos.

Yo podria encomendar mi defensa á las contradictorias acriminaciones de que soy obgeto, porque las considero como la mejor justificacion de mi política, siendo como son sus autores los que siempre han causado las desgracias de mi patria. Podria presentarme ante los partidos, cubierto con el anatema de las facciones,

tachado de retrógrado por una porque no atropellé los elementos sociales, perseguido como demagogo por otra porque llevé en mis manos la bandera de la libertad: y sé que esto bastaría para que la imparcialidad y la buena fé me hicieran justicia, y para que los calumniadores enmudecieran avergonzados. Yo podría tambien prescindir de todo y responder con el silencio á la injusticia de las pasiones, si solo se tratara de una vindicacion personal, porque ante los tremendos infortunios de todo un pueblo, valen bien poco las pesadumbres de cualquiera de sus hijos.

Pero no se trata de esto solamente; se trata de vindicar ideas que tienen á su favor la autoridad de la historia, las lecciones de la experiencia y la marcha de los siglos; de ideas que son el dogma político de las generaciones presentes, y que deben ser la condicion social de las generaciones futuras: y cumple á mis deberes de hombre público y á mi conciencia de ciudadano el dar las esplicaciones convenientes para que mis contemporaneos y la posteridad tengan datos con que juzgarme, y para que no se dé por vano ó por estéril un pensamiento que puede salvar mas tarde á la República, aunque haya tenido la desgracia de fracasar en el primer ensayo que de él se ha hecho.

En el movimiento nacional que tuvo principio en Ayutla el año de 1854, tocóme figurar como uno de sus primeros caudillos: triunfante aquella revolucion en Setiembre del año siguiente, tuve que desempeñar un papel importante en el gobierno que se formó entonces: y mas tarde vino á caer sobre mis hombros el peso del poder supremo, cuando el primer gefe de la revolucion de Ayutla vió que no podia conjurar la tormenta que contra su administracion se levantaba, y conoció que la opinion pública me designaba para reemplazarle.

Invocado mi nombre en aquella época como una prenda de conciliacion para los partidos, de seguridad para la causa del orden y del progreso, y de quietud para toda la República, mi advenimiento al poder en Diciembre de 1855 fué una señal de pacificacion y de concordia: los movimientos que se habian iniciado ya contra la administracion preexistente, cesaron al punto; los que habian tomado las armas y levantado estandartes rebeldes, depusieron su actitud hostil; calmóse el descontento que por todas partes habia empezado á cundir, y la general inquietud se convirtió en una general esperanza. Este fué el primer efecto de mi entrada en la Presidencia, porque la nacion esperaba que mi gobierno no seria el gobierno de una faccion ni siquiera el de un partido, sino un gobierno superior á todos los partidos y enemigo de todas las facciones.

Tres eran los caminos que se me presentaban : 1.º dejar las cosas en el mismo estado en que se encontraban cuando triunfó la revolucion de Ayutla : 2.º arrojarme en brazos del principio revolucionario, é introducir todas las innovaciones exigidas por él : 3.º emprender con prudencia las reformas reclamadas por la opinion liberal. Pero el primero de estos caminos era un absurdo y un crimen, y el segundo otro absurdo y otra iniquidad ; y yo no podia entrar en ninguno de ellos, supuesto que ni el hombre puede obrar contra el testimonio de su conciencia, ni el gobernante contra los derechos, los intereses y la opinion de los gobernados.

Para hacer lo primero, habria tenido que destruir lo que se habia hecho ya cuando tomé las riendas del poder en mis manos ; y ya para entonces la revolucion liberal, convertida en gobierno, habia avanzado mucho por una senda opuesta enteramente á la dictadura anterior. Prescindiendo ahora de las inmensas dificultades que ofrecia la empresa de deshacer lo hecho, yo acometiendola, rasgaba mis títulos y faltaba á mi palabra, para presentarme en medio de mis conciudadanos, como el corifeo de una nueva revolucion que no tenia disculpa porque carecia de motivo y de objeto.

Dejando las cosas en el mismo estado, habria dado gusto á los hombres que acababan de caer, pero habria sido á costa de quedar afrentado ante todos los partidos, y de pasar por un Proteo infame para quien los juramentos eran una palabra vana y los principios una quimera. Para los conservadores no habria sido mas que el continuador de una política que los hombres ilustrados de este partido condenaban abiertamente, porque desconceptuaba sus principios invocandolos. Para los liberales habria sido un refractario pérfido y desleal, manchado con la mas negra traicion á mis ideas, á mis compañeros y á mis amigos. De este modo, yo habria prolongado á ciencia cierta la guerra civil, porque los hombres de Ayutla burlados, se habrian levantado de nuevo para continuar contra el restaurador del despotismo la lucha en que habian salido vencedores ; la nacion los habria ayudado como antes ; y el nuevo déspota no habria podido sostenerse mucho tiempo, teniendo en contra suya el testimonio de su propia conciencia y la opinion de todos los hombres de bien. El resultado habria sido aplazar el triunfo de la revolucion liberal, y aumentar los peligros de que se convirtiera en una reaccion sangrienta y desastrosa ; yo envolvía á mi patria en nuevas calamidades, y quedaba cubierto de ignominia : y era esto un absurdo y un crimen contra el cual se rebelaban el buen sentido y la conciencia.

Someter mi política á todas las exigencias del elemento revolu-

cionario, era un paso que no ofrecia menos inconvenientes que el otro para mi honor y para el sosiego de la República. Para innovarlo todo de repente, sin consideracion á ningun derecho, á ningun interés, á ninguna opinion ni á ninguna clase, era preciso que yo hiciera lo que han hecho en otros paises las grandes conmociones populares en épocas cortas de violencia y de vértigo: tenia que entrar en una lucha desesperada, no solamente con las clases afectadas por la revolucion, sino con el pueblo entero, interesado tambien en contrariar semejantes trastornos. Y si yo habia de personificar el temerario arrojo y los arranques ciegos de una revolucion violentamente innovadora; si habia de derribar todo lo antiguo, sin escuchar el clamor de los que lo aman, ni curarme de los que quedaran sepultados bajo los escombros, era menester que hiciera lo que hacen estas revoluciones cuando pasan como un huracan sobre los pueblos: lanzar con una mano el ariete revolucionario y blandir con la otra el puñal demagógico; porque los que destruyen instituciones viejas y respetadas, tropiezan siempre con resistencias formidables, y tienen que hacinar las víctimas en proporcion de las ruinas que amontonan. Pues bien; esto es lo que nunca hacen los gobiernos que merecen este nombre; esto es lo que nunca hacen los hombres que se tienen por justos: si el mundo moderno debe algo á esos tremendos cataclismos, operados por las turbas desatentadas, aunque sean á veces resultado de la desesperacion que producen los gobiernos opresores, no por eso han dejado de ser grandes iniquidades, ni en ningun caso se pueden adoptar como sistemas de política. Si yo lo hubiera hecho, no solo habria concitado contra mi la animadversion de mi patria, chocando abiertamente con los sentimientos de humanidad que forman su caracter distintivo, sino que habria echado un borron en la causa de la libertad por la cual habia lidiado, y para cuyo bien se me habia dado el poder que ejercia. De todos modos, la guerra civil se prolongaba, y se abria una ancha puerta para que vinieran sobre la República las mas violentas reacciones.

Entre estos dos extremos á cual mas viciosos, habia un medio prudente y justo, para hacer que el pais llegara al término de sus deseos; y era la adopcion de una política prudentemente reformadora, que satisfaciendo en lo que fuera justo las exigencias de la revolucion liberal, no chocara abiertamente con los buenos principios conservadores, ni con las costumbres y creencias religiosas del pueblo.

La principal mision de mi gobierno debia ser quitar protestos á las reacciones, y nada mas apropiado para lograr este fin, que re-

formar lo antiguo para conservarlo, y marchar por las sendas del progreso sin precipitaciones ni violencias. Yo creia entonces, como siempre he creido, que el motivo de todas las reacciones conservadoras ha sido la exageracion del principio revolucionario, así como el motivo de todas las reacciones revolucionarias ha sido la exageracion del principio conservador. Ninguno de estos dos elementos debia entrar por consiguiente en la formacion de mi política para dominar en ella de un modo esclusivo y absoluto, aunque ambos debian ser admitidos en lo que tuvieran de bueno, como representantes de intereses legítimos y de derechos respetables. Era preciso hacer que el espiritu de progreso se presentara tan medido en sus deseos como templado y justo en su accion, para que recobrara el concepto que le habia hecho perder el impaciente ardor de otras épocas; y era preciso tambien que el espiritu tradicion no degenerara como otras veces en marasmo ni en retroceso, para que los amigos de la libertad pudieran consentirle y aceptarle.

Por otra parte, las bases de mi política estaban claramente indicadas por el carácter de los acontecimientos que acababan de pasar, y por el estado en que á la sazón se encontraban los ánimos. La revolucion de Ayutla habia triunfado, y el primer gobierno de Ayutla habia desaparecido: y estos dos hechos tenian una significacion de la cual no podia yo desentenderme. El triunfo de Ayutla se habia debido mas bien á la fuerza de la opinion que á la fuerza de las armas; y esto lo puedo decir sin menoscabar en lo mas mínimo la gloria de mis valientes compañeros que lucharon heroicamente en aquella noble empresa. Sin el eficaz apoyo de la opinion pública no habria podido prevalecer una revolucion pobre y débil, que al principio inspiró mas recelos que esperanzas, contra un gobierno fuerte y rico, que estaba sostenido por clases poderosas. En cuanto al primer gobierno de Ayutla, obra habian sido tambien de la opinion las dificultades contra él suscitadas; dificultades que no habia podido vencer, no obstante que tenia aun en sus manos toda la fuerza de la revolucion vencedora. Así pues, la opinion, apoyando á los hombres de Ayutla contra la dictadura de Santa Anna, habia manifestado patentemente que no estaba por la tiranía unitaria, ni por la exageracion del orden, ni por el predominio de ninguna clase, sino por la libertad, por la reforma, por la igualdad, por instituciones libres; y aquella misma opinion, rechazando la política del General Alvarez, sublevandose contra ella, y haciendo armas para derribarla, tambien habia manifestado claramente, que no estaba por la tiranía demagogica, ni por la exageracion de la libertad, ni por el predominio de ninguna faccion, sino

por el orden, por la conservacion del buen espíritu tradicional, de las buenas instituciones antiguas, y de los buenos elementos sociales.

Tales eran las cosas que acababan de pasar, y tal el estado de la opinion cuando yo subí al poder. Todas las tendencias del espíritu público se habian formulado en estas dos palabras: *orden y libertad*. El pais queria orden pero no despotismo, libertad pero no libertinage, reforma pero no destruccion, progreso pero no violencias: y al querer esto, y al espresar sobre ello su voluntad tan resueltamente como la habia espresado, habia fijado sin duda de una manera evidente las bases de la politica de su gobierno. Esta politica, para corresponder á aquellas aspiraciones, tenia que ser reparadora de todos los infortunios pasados, conciliadora de todos los intereses presentes, y protectora de todas las esperanzas futuras; y yo la adopté, no solo porque estos eran los deseos generales de la nacion, y estas sus esperanzas al designarme para el poder supremo, sino porque tal habia sido siempre mi modo de pensar en materias políticas, habiendo visto palpablemente el amargo fruto de las exageraciones en cada una de las vicisitudes que hasta entonces habian afligido á la República.

Las reflexiones que acabo de hacer, paracerán escusadas y aun enojosas á los que ignoran lo que ha pasado en Méjico durante los dos años últimos. Increible les parecerá que un gobernante tenga necesidad de esforzarse tanto, para probar que hizo bien en no ser retrógrado y en no ser demagogo. Y sin embargo, el hecho es que por no haber sido lo primero, me hicieron cruda guerra los que se llaman partidarios del orden, y que por no haber sido lo segundo, me calumniaron muchos de los que se llaman amigos de la libertad en mi desgraciada patria. Por eso me he detenido tanto en estas triviales reflexiones: porque siendo ellas la explicacion de mi pensamiento político, esplican tambien las dificultades de mi gobierno, la encarnizada guerra que me hicieron las facciones y las causas de mi caida; porque estas reflexiones demuestran que habiendo tendido yo una mano amiga á los partidarios de la libertad, y una mano protectora á sus contrarios, ni los primeros tuvieron razon para amontonar obstáculos en mi camino, ni los segundos para atacarme á mano armada; y en fin, porque habiendo yo levantado en mi patria una bandera de conciliacion entre los partidos que la dividen, nadie podrá ver en las filas de mis impugnadores sino el exclusivismo, la intolerancia y los sistemas de sangre que son el azote de los pueblos. Por lo demas, si en esto no estuviera tan profundamente interesada la República, no me darian

pesadumbre los ataques de mis enemigos, ni las calumnias con que pretenden afrentarme, porque no es afrenta mia sino gloria de mi administracion el haber incurrido en los odios del retroceso y en los odios de la demagogia.

Aunque las circunstancias de la época y el estado de la opinion me señalaban claramente el camino que debia seguir, no por eso me allanaban las dificultades que debia encontrar en él. Mi gobierno recibía en herencia un triste legado: la nacion estaba agotada por las dilapidaciones de las dictaduras y por los estragos de las guerras, relajada por máximas de despotismo y por doctrinas anarquicas, debilitada por la miseria y las discordias. Yo tenia pues que luchar sin recursos contra enemigos formidables, y aquella lucha iba á ser sin tregua ni descanso: iba á cumplir las promesas del plan de Ayutla, y el cumplimiento de estas promesas eran la reforma, la paz y el órden legal: la reforma, contra la cual estaban los que vivian de abusos; la paz, que no convenia á los que medraban en las contiendas; el órden legal, que era rechazado por los amigos de revoluciones: y el pais estaba lleno de clases privilegiadas, de perturbadores y revolucionarios. Por eso la vida de mi gobierno habia de ser una vida de contradicciones y de combates, desde su primer momento hasta su último suspiro.

Si yo me hubiera limitado á cumplir literalmente las promesas del plan de Ayutla, no tendrian por que quejarse los enemigos de aquella revolucion, aunque tampoco tendrian que agradecerme: pero hice mucho mas de lo que era mi deber estricto, y esto que hice de mas, será siempre una acusacion contra los que no lo agradecieron. Mi deber principal era cumplir las promesas de Ayutla, pero no fué este mi primer cuidado: mi primer cuidado fué moderar los ímpetus de los vencedores, y cubrir con una égida á los vencidos, porque no quería yo que la causa de la libertad se manchára con venganzas. Por eso proclamé siempre el principio de la tolerancia y del respeto para todas las opiniones, y por eso uno de mis primeros actos fué someter á un juicio ante el primer tribunal de la nacion al dictador y á sus ministros, y proporcionarles todos los medios de defensa que pudieran necesitar, para que fuera la justicia y no la pasion la que los condenára por los excesos de que los acusaba la opinion pública. Séame permitido hacer observar que este ejemplo de moderacion es el primero que ofrece la historia de nuestras deplorables disensiones: en Méjico no se habia visto nunca á un gobierno naciente, hijo de una revolucion furiosamente atacada y escarnecida, ocuparse en amparar á sus contra-

rios con tanta solicitud como en cumplir el programa de sus amigos.

A pesar de esto, el espíritu de partido se empeñó en sublevar contra mí al clero y al ejército, pretendiendo que mi administración era enemiga de estas dos clases; y aunque sus esfuerzos se estrallaron muchas veces en la ilustración de ellas, logró sin embargo encontrar en algunos de sus individuos los mas poderosos instrumentos de sus miras. Escusado me parece manifestar el absurdo que envolvía aquella suposición, siendo evidente que no podía ser enemigo del clero ni del ejército un gobierno que comprendía la necesidad de apoyarse á la vez en el sentimiento religioso y en la fuerza armada, para establecer en su país los beneficios de la democracia pacífica. Pero como en realidad salieron de estas dos clases los ataques mas fuertes dirigidos á mi administración, y como ánte sus combinados esfuerzos fracasó al fin mi pensamiento de cegar para siempre en la República el abismo de las revoluciones, voy á examinar brevemente este punto, porque en él se encuentra precisamente la explicación de los acontecimientos que tuvieron lugar durante los dos años, y él viene á ser la clave para descifrar el enigma que esos acontecimientos ofrecen.

Que el influjo del clero en la política fué una necesidad de otros tiempos, y un bien para las sociedades; que la historia del clero católico es la historia de la civilización, y que Méjico debe grandes beneficios al clero mejicano, son verdades que no puede negar quien haya saludado la historia. Pero que los tiempos han cambiado, que con ellos ha cambiado la naturaleza de ese influjo, y que ha sufrido iguales mudanzas la opinión que acerca de él se tuvo en otras épocas, es tambien un hecho que no se puede ocultar al que contemple el estado de las ideas en nuestro siglo, y el carácter de las revoluciones de Méjico. El influjo político del clero se tiene allí por pernicioso para la religión y para la sociedad; y sus riquezas y sus privilegios son motivo de grandes alarmas, ocasión de formidables tentaciones, y hasta pretexto de odios profundos. Contra esas riquezas y privilegios acumulados en una sola clase, se han levantado las nuevas doctrinas económicas, y las nuevas máximas políticas; y si es cierto que la impiedad quiere empobrecer al clero y humillarle por odio á la religión, tambien lo es que muchos, sin dejar de ser buenos católicos, y algunos precisamente porque desean el lustre del catolicismo, invocan los principios de la desamortización y la igualdad de la justicia en favor de las reformas eclesiásticas.

Cuando yo subí al poder, encontré ya formada, estendida y po-

derosa esta opinion con respecto al clero: era un hecho que necesariamente se habia de complicar con mi política, porque era el principal asunto de las controversias públicas, el caballo de batalla de los partidos, y el diario alimento de las pasiones. ¿Qué habia de hacer yo en presencia de este hecho, mas poderoso que todos los intereses contrarios; que todas las preocupaciones vencidas, y que la voluntad de todos los gobiernos? La revolucion estaba allí, terrible y amenazadora, pronta á destruir lo que el gobierno no reformára: yo habia logrado contenerla hasta entónces, mas no podia responder de los resultados, si cometia la imprudencia y la injusticia de oponerme á sus tendencias racionales. Fué pues necesario emprender las reformas relativas al clero con el objeto de satisfacer grandes necesidades religiosas, sociales y políticas, y de obsequiar las manifestaciones de la opinion en lo que era posible obsequiarlas, para evitar una reacción desastrosa.

No es este el lugar apróposito para probar la conveniencia de las leyes que se espidieron con este fin, ni para responder á los ataques de que fueron objeto. Basta á mi propósito manifestar que atendidas las circunstancias en que se encontraba la República, aquellas reformas habrian evitado á la religion graves peligros, y á la sociedad grandes desastres, si los interesados en ellas hubieran contribuido á que se realizáran mis intenciones. La abolición del fuero habria impedido que la odiosidad que los privilegios escitan, recayera sobre la clase privilegiada: la desamortización podia haber sido un remedio de la miseria en que yacen millones de individuos en Méjico: la ley de obvenciones parroquiales habria restituido al clero su concepto de padre y consolador de los infelices: la del registro civil habria evitado que mas tarde algun poder desatentado promoviera conflictos entre ambas jurisdicciones.

Tales fueron por lo menos los fines á que aquellas leyes se encaminaban: si no los alcancé, no fué culpa mia, sino de los que con pretexto de ellas, é invocando sacrílegamente á la religion, talaron los campos, quemaron las poblaciones, y hasta profanaron los templos, llenando de luto y sangre á toda la República.

El gobierno habia obedecido á una necesidad imperiosa de las circunstancias decretando aquellas reformas, mas no por eso omitió un requisito que opiniones respetables tenian por necesario. Envió á Roma un ministro plenipotenciario para arreglar armoniosamente con la Sante Sede aquellas gravísimas cuestiones; y con esto respondió victoriosamente á las inculpaciones de perseguidor y anticatólico que le hacian sus enemigos; mientras que estos, esfor-

zandose por que no fuera recibido en Roma el Enviado mejicano, demostraron que no querian la concordia entre su gobierno y la cabeza de la Iglesia, y que la cuestion religiosa no era en sus labios mas que un pretesto para continuar ensangrentando la cuestion política.

Dios quiera que aquellas resistencias no produzcan mas tarde resultados funestísimos. Yo por mi parte, hice cuanto pude para evitarlo, y estoy tranquilo con mi conciencia, porque creo firmemente que si el clero católico ha civilizado al mundo, y si el clero mejicano ha civilizado á Méjico, no ha sido porque tuviera fueros y propiedades, ó porque estas propiedades consistieran en fincas, ó tuvieran cualquiera otra forma, sino porque con fueros ó sin ellos, con propiedades ó sin ellas, ha llenado en la sociedad una mision sublime, como ministro de una religion eminentemente benéfica y civilizadora. Despues de esto, juzgue la historia y juzgue el mundo.

Pero si la hostilidad que me declararon algunos individuos del clero, no tuvo motivo que la justificára, menos se justifica aun la guerra que me hizo una parte del egército, porque no hubo pretesto para ella.

El egército habia sido el sostenedor mas constante de la dictadura, y el mas dócil egecutor de las medidas, atropes muchas veces, de aquel gobierno. Por esta razon habia en muchos de los hombres de Ayutla cierta mala voluntad contra los individuos del egército, y hasta intenciones marcadamente hostiles contra toda la clase; y estas tendencias se manifestaron claramente en los dias del triunfo, cuando los vencedores creyeron que podian satisfacer su enojo contra los que habian retardado la victoria. El caso es que llegó á existir el proyecto formal de destruir el egército, y que este proyecto se habria llevado á cabo, á no haberlo impedido yo siendo ministro de la guerra, para lo cual tuve que hacer esfuerzos increíbles, habiendo logrado calmar las efervescencias del momento con la promesa de que se reformaria la institucion conforme á las necesidades y al espíritu de la época.

Despues de esto, y estando ya encargado de la presidencia de la República, no solo tomé empeño en que desapareciera aquella discordancia entre el egército y la causa liberal, no solo quise unirlos con una estrecha alianza, sino que procuré que fueran una misma cosa. Para ello traté como amigo á las notabilidades de aquel egército tan aborrecido por la revolucion que me habia llevado al poder, y abracé como hermano á los hombres que mas furiosamente la habian combatido, y que mas se habian señalado por su celo en

favor de la tiranía pasada. ¿Qué hicieron ellos en pago de aquella conducta generosa? Rebelarse contra mí, y emplear en mi daño la confianza que les dispensé.

Nada hay mas repugnante y escandaloso que aquellos rasgos de perfidia con que respondieron algunos militares á mi llamamiento. Yo, caudillo de una revolucion que habia triunfado á costa de mil sacrificios, y gefe de un gobierno que acababa de nacer de ella, abria los brazos y dispensaba mi confianza á los generales de la dictadura, que habian sido nuestros mortales enemigos. Aquellos hombres, salpicados todavia con la sangre de las batallas en que habian lidiado con nosotros, asomando todavia en sus labios las injurias que nos habian dicho, llegaban á mi presencia, pasmados de un proceder que no esperaban porque no le comprendian. Yo les daba soldados, armas y dinero, para que fueran á pacificar la República; ellos aceptaban el encargo y la confianza; se despedian de mi con muestras de agradecidos; salian por las puertas del Palacio en ademán de leales: y despues, no bien se encontraban en el campo, cuando se pronunciában contra mí, con los soldados, las armas y el dinero que les habia dado para perseguir á otros rebeldes.

Esto es lo que sucedió, y así se formó la primera reaccion de Zaca-
poastla, que poco despues fué á asentar sus reales en Puebla, donde fué poderosamente auxiliada con dineros del clero de aquella diócesis. Mas de 5,000 hombres se reunieron allí en Febrero de 1856, á las órdenes de aquellos gefes que no habian podido rebelarse sin ser pérfidos, y de otros que no habian podido hacerlo sin ser ingratos.

Yo marché contra ellos al frente de la guardia nacional y de la parte del ejército que habia permanecido fiel: la opinion pública apoyó nuestra causa, Dios bendijo nuestros esfuerzos; y vencimos. En mi poder y á mi discrecion los rebeldes, en virtud de la capitulacion que quise otorgarles, mis amigos y compañeros que me habian ayudado á alcanzar la victoria, clamaban por que se hiciera en ellos un ejemplar escarmiento; pero yo respondí á este clamor con un decreto que fué mas bien una amenaza que un castigo, porque se derogó algunos dias despues, no queriendo yo que ni aun con la amenaza se juzgaran humillados.

¿Qué sucedió despues? Que los principales gefes de la reaccion vencida se refugiaron en la capital de la República; y que de entre ellos salieron los caudillos de otro movimiento reaccionario que estalló tambien en Puebla en ~~Setiembre~~ *Octubre* de aquel año.

Entonces tambien las tropas leales quedaron vencedoras, y el gobierno concedió una capitulacion á los vencidos. La sangre no

manchó la victoria, porque las victorias del gobierno nunca se mancharon con sangre. La del desgraciado Orihuela no clamará nunca sino contra los que le comprometieron en una empresa insensata, y contra el horrible sistema adoptado contra mí, de violar sin remordimiento los pactos mas solemnes. El caudillo de los rebeldes huyó de Puebla, como si temiera que le alcanzáran las garantías de la capitulación: sorprendido sin ellas en su fuga por una partida de tropa, fué fusilado antes que el gobierno tuviera lugar de perdonarle; y de este modo vió el país la primera y única víctima sacrificada por la ley, en lugar de las infinitas que la reaccion inmoló á sus rencores y á sus venganzas.

Qué sucedió despues todavía? Que los rebeldes volvieron á refugiarse en la capital, que un nuevo pronunciamiento reaccionario estalló en San Luis, y que vencedor otra vez el gobierno en la Magdalena, no tuvo para los vencidos sino clemencia y generosidad. En su poder ayeron los mas rencorosos, y no se contentó con perdonarlos, sino que hizo con ellos lo que jamas se habia visto en las guerras civiles de la República, hasta el punto de apagar por lo pronto el odio en sus corazones.

¿Qué habia hecho yo, pues, al ejército para que una parte de él me persiguiera con aquel odio inextinguible? Yo habia contenido á la revolucion para que no realizara con él sus designios vengadores; yo honré á la clase y á sus individuos cuanto pude honrarlos; yo perdoné á los que me ofendieron, y los consideré hasta el punto de parecer mi indulgencia una imbecilidad; yo quise dar lustro, crédito y popularidad al ejército, procurando que fuese la esperanza de la nacion y el apoyo de sus libertades. ¿Y cual fué el resultado de todo esto? El escándalo de las rebeliones que acabo de recordar, el escándalo de las conspiraciones que se tramaron siempre, y por último la defeccion del 20 de Enero, el mayor de los escándalos de que fué testigo aquella época.

Hasta ahora he hablado de mi política con relacion á los partidos y á las clases de la sociedad que mas influjo ejercian en la suerte del país; política que podia haber sido cualquiera otra así como fué la que dejó indicada, segun fueran las opiniones del Presidente, y segun concibiera y apreciara las circunstancias de la República, el estado de la opinion y el caracter de las ideas dominantes. Réstame hablar de mi política como gefe de un gobierno que debia cumplir las promesas de Ayutla; política que no se habia dejado á la prudencia ó á la discrecion del Presidente provisional, sino que debia ser religiosamente observada, como que se referia á deberes estrictos que estaban espresamente marcados en el plan de

aquella revolucion. Por lo que voy á decir, se verá que tambien al cumplir estos deberes, tuve siempre á la vista mi pensamiento de conciliar el orden con la libertad, y que no dí un paso que no tuviera por obgeto buscar la solucion de este importantísimo problema.

La promesa principal de Ayutla fué dar á la República una constitucion : en consecuencia, el principal deber de mi gobierno era realizar aquella promesa.

Lleno de respeto por la libertad de las elecciones populares, ni por un momento me ocurrió la idea de influir en las que se verificaron para el congreso constituyente, conforme á la convocatoria espedida por mi antecesor : el resultado de ellas me reveló muy pronto, que en aquel cuerpo iban á prevalecer elementos exagerados que no podrian avenirse bien con mi política templada y conciliadora. Sin embargo, hice cuanto estuvo en mi mano para que los diputados se reunieran en la capital, presidí á la instalacion de la asamblea, y abrí sus sesiones en Febrero de 1856.

El proyecto de constitucion que se publicó á los pocos dias, vino á confirmar mis temores de un mal resultado; y estos temores que eran los de todos los hombres despreocupados del partido liberal, fueron otros tantos motivos de gozo y esperanza para la reaccion, la cual previó desde aquel momento, que habia de encontrar en la obra del congreso constitucional uno de los pretextos mas plausibles que jamas habia tenido para hacer la guerra al gobierno de Ayutla. Esto no obstante, yo protegí con todo mi poder la libertad de las discusiones, y la voz del gobierno no se dejó oir en aquel recinto sino para dar sanos consejos á los diputados, y para oponer el conocimiento práctico que tenia de las circunstancias nacionales, al espíritu innovador que podia comprometer la libertad con sus exageraciones.

La obra del congreso salió por fin á luz, y se vió que no era la que el pais queria y necesitaba. Aquella constitucion que debia ser iris de paz y fuente de salud, que debia resolver todas las cuestiones y acabar con todos los disturbios, iba á suscitar una de las mayores tormentas políticas que jamas han afligido á Méjico. Con ella quedaba desarmado el poder en frente de sus enemigos, y en ella encontraban estos un pretesto formidable para atacar al poder : su observancia era imposible, su impopularidad era un hecho palpable; el gobierno que ligára su suerte con ella, era un gobierno perdido. Y sin embargo, yo promulgué aquella constitucion, porque mi deber era promulgarla aunque no me pareciera buena. El plan de Ayutla que era la ley de mi gobierno y el título de mi au-

toridad, no me conferia la facultad de rechazar aquel código; me ordenaba simplemente aceptarle y publicarlo; y así lo hice con la convicción de que no llenaba su objeto tal como estaba concebido, pero con la esperanza de que se reformaría conforme á las exigencias de la opinion, por los medios que en él mismo se señalaban.

Este paso fué la señal de nuevas turbulencias y de nuevas luchas. Los obispos protestaron contra la constitucion de 57, prohibieron á los fieles jurarla, y lanzaron escomuniones contra los que lo hicieran; las puertas de los templos se cerraron para el gobierno en la capital, y en otros muchos puntos para las autoridades; la propaganda reaccionaria cundió desde el santuario hasta el hogar doméstico, se derramó por calles y plazas, y fué á reforzar las filas casi exánimes de la rebelion que vagaban por los campos; y aquella reaccion que habia sido vencida en todos los terrenos y en todos los combates anteriores, vió abierto un nuevo palenque en que combatir, y se encontró armada con armas nuevas, habiendo logrado su objeto de convertir definitivamente la cuestion política en cuestion religiosa.

En medio de tantas dificultades, el gobierno siguió trabajando con fé y con constancia por establecer el órden constitucional, no obstante que veía tomar á la reaccion tan gigantescas proporciones. Mas de una vez se murmuraron á su oído palabras tentadoras sobre el partido que debia tomar en tan apuradas circunstancias para conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza, y que amenazaba hundir en un general naufragio las esperanzas de la nacion: pero el gobierno se hizo sordo á aquellas sugestiones, porque las consideraba tanto mas peligrosas, cuanto mas halagaban al parecer los intereses de la autoridad que egercia, y que aquella constitucion habia echado por tierra. Pensaba yo que una nueva revolucion consumada por el poder mismo, habia de traer para el pais infortunios mayores que los que á la sazón le afligian: parecíame que la legalidad, aunque no fuera mas que una sombra, era mejor que un estado revolucionario, cuyo primer fruto no podia ser otro que desconceptuar al que le creára, aumentar las confusiones en que nos encontrábamos, y exacerbar las pasiones que ardian como una inmensa hoguera en toda la República. Esta habia visto ya demasiadas veces á sus dictadores prorogarse por sí mismos sus plazos, y quebrantar su palabra bajo el pretesto de afianzar el órden público; nadie podia creer ya en estos pretestos tantas veces alegados por la ambicion; y en cuanto á mí, nunca pude comprender que la inconsecuencia y el perjurio fueran el remedio de los males que sufríamos. Por eso, cerré siempre los oídos á las indicacio-

nes que se me hicieron para acabar por medio de un golpe de Estado con las dificultades suscitadas por la constitucion.

Así se pasó la mayor parte del año de 57: la reaccion creciendo, el gobierno luchando con ella sin descanso, y yo empeñado en salvar á la República por las vías legales.

Entretanto, habíanse verificado las elecciones para la presidencia constitucional, y la nacion me habia honrado con sus sufragios para ocupar aquel puesto, dando con esto una prueba evidente de que mi política estaba de acuerdo con el espíritu público. Habíanse hecho tambien las elecciones de diputados al primer congreso constitucional, y yo le habia instalado y abierto sus sesiones, conforme la constitucion prevenia. Mi gobierno se habia abstenido tambien de influir en aquellas elecciones, y muy poco habian hecho para triunfar en ellas los hombres que pudieran haber ejercido benéfico influjo en la situacion, y corregir los errores del congreso constituyente. El resultado fué que en el primer congreso constitucional prevalecieron como en aquel, elementos de exaltacion que no podian ser favorables á mis propósitos conciliadores; y esta circunstancia disminuyó en gran manera las esperanzas que yo habia tenido de que se hicieran en la ley fundamental las reformas que la opinion demandaba.

Aquella asamblea tuvo sin embargo los mas sinceros deseos de salvar la situacion, bien que subordinados siempre á la invariable idea de no salir un punto del órden legal; y estas disposiciones se manifestaron patentemente, cuando respondiendo á la iniciativa de mi gobierno, dió el congreso ensanches á la accion del poder, suspendiendo algunos artículos constitucionales. La situacion empeoro era de aquellas que no se salvan con buenos deseos, y aunque no podian ser mas patrióticos los de la cámara, puesto que obrando conforme á su opinion, no podia hacer mas que facultar estraordinariamente al egecutivo, el hecho es que no bastaba esto en el estado á que habian llegado las cosas. Aquel voto de confianza fué para mí una señalada honra, y aquellas facultades estraordinarias habrian sido suficientes para conjurar un estraordinario peligro; pero los peligros de entonces eran mas que estraordinarios, eran extremos; y solamente se podrian haber evitado, uniendose bajo una sola bandera y moviendose á impulsos de una sola voluntad los hombres del progreso, que desgraciadamente estaban divididos á causa de la constitucion.

Decidido yo á pesar de todo á sostener la legalidad ó á sucumbir con ella mientras no me aconsejara otra cosa la salvacion de la patria, hice que se prepararan las iniciativas que debian presentar-

se al congreso para la reforma constitucional. Pero la exaltacion pública habia llegado á su colmo: la prensa reaccionaria soltó los diques á su furor luego que se me concedieron las facultades extraordinarias, y me llenó de insultos: lejos de encontrar una defensa decidida y franca en la prensa progresista, era mas bien pasiva espectadora de aquellas ofensas, y consentia que en nombre de la libertad se me ultrajara en papeles incendiarios, con mas impudencia y mas cinismo que en los de la reaccion: la constitucion era diariamente infringida por los gobiernos de los Estados y por las legislaturas, unas veces porque era imposible observarla, y otras porque habia interés en infringirla: los principales gefes militares, las autoridades de mas influjo en la capital y fuera de ella, las personas mas notables de todos los partidos, me ponderaban sin cesar lo crítico de la situacion, y la necesidad de salir de ella á todo trance por medio de un golpe decisivo: en la asamblea constitucional se habia ido formando una falange enemiga, que no solo ponía obstáculos á mi marcha, sino que mas de una vez prorumpió por boca de sus tribunos en violentos desahogos contra mi gobierno y contra mi persona: los enemigos de la libertad avanzaban osadamente contra el gobierno, porque este compartía los odios que la constitucion inspiraba, y los partidarios de este código no podían darme eficaz auxilio en aquel combate desesperado. En una palabra, la constitucion habia fortificado á mis enemigos, y habia debilitado á mis partidarios, porque habia dado armas á la reaccion, y habia introducido el desconcierto en las filas liberales; de manera que llegué á encontrarme casi solo en la capital de la República con el empeño de sostener aquel orden de cosas, que ya no se podia salvar con votos estériles, sino con el empleo de la fuerza física: solamente podia contar con un cuerpo de tropas, que me era personalmente adicto, con la brigada Zuloaga.

Y la brigada de Zuloaga se pronunció el 17 de Diciembre contra la constitucion de 57.

Desde aquel día ya la situacion fué de todo punto insostenible. Hasta entonces habia podido yo justificar con buenas razones mi empeño por sostener la constitucion: la palabra dada, las promesas de Ayutla, el temor de aumentar los conflictos, la esperanza de remediarlos, todo abonaba mi resolucion de no salir de las vías legales: pero desde aquel día todo cambió de aspecto, y habria sido tan inútil como peligroso mi empeño en favor de una ley fundamental, que ya estaba hecha pedazos. Hasta el 17 de Diciembre yo no era dueño de faltar á mis promesas en este punto; pero desde aquel día se levantó contra ellas delante de mí la causa de la li-

bertad mejicana, y tuve que sacrificarle mi nombre, mi fama, y la posicion que me aseguraba mi eleccion reciente para la Presidencia de la República.

La brigada Zuloaga derogaba la constitucion con su pronunciamiento, y me nombraba gefe de un nuevo gobierno provisional : con lo primero realizaba una revolucion que al parecer estaba indicada por las circunstancias ; con lo segundo manifestaba que su movimiento no se oponia à los principios de libertad, porque la brigada sabia bien que yo no podia transigir con el retroceso. Las terminantes protestas que sus gefes me hicieron, no debian dejarme la menor duda sobre este punto, el cual quedó definitivamente aclarado en las conferencias que tuvieron conmigo, bajo la expresa condicion de que ningun partido dominaria en la situacion nueva, y que el gobierno no habia de abandonar el camino de una prudente reforma ni el pensamiento conciliador que le habia guiado hasta entonces. Ademas de esto, yo temia que el elemento retrógrado se apoderára de la nueva situacion, si me negaba à aceptar el papel que allí se me daba. La anarquía asomaba la cabeza por todas partes, y en pos de la anarquía veia yo asomar el despotismo con su acompañamiento de persecuciones y venganzas, y con su propósito de hacer imposible para siempre el reinado de la libertad en mi pais. Al mismo tiempo que queria yo evitar estas calamidades, me parecia muy posible que el plan de Tacubaya sirviese de mejor apoyo á mi pensamiento político, que el orden de cosas pasado : conciliar el orden con la libertad, seria una empresa mas fácil cuando hubiesen desaparecido de la escena la intolerancia y el exclusivismo de los dos elementos reaccionarios, en presencia de un orden de cosas tan distante del uno como del otro extremo.

Impulsado por estas consideraciones, acepté el pronunciamiento, y me puse al frente de la nueva situacion.

Los partidarios de la reaccion cantaron victoria, y sus órganos de la prensa se burlaron del partido liberal creyendole vencido. Los partidarios de la constitucion se coligaron para defenderla, creyendo que el plan de Tacubaya era un plan reaccionario. Unos y otros se engañaron, porque echaron en olvido mis antecedentes y mis principios. Yo lo probé entónces y lo probé despues, de una manera tan patente, que no pudo dejar rastro de duda ni en los ánimos peor dispuestos á hacerme justicia.

Habiase engañado la reaccion creyendo que yo habia realizado en su favor un cambio de política ; y en medio del odio que me profesaba, tuvo alabanzas para mi mientras me creyó desleal é inconsecuentes. Desengañada de su error cuando se publicó la lista de

las personas que nombré para formar el consejo de gobierno, y cuando me vió negarme resueltamente á sus exigencias, volvió á tomar su papel de enemiga, y me pagó su desengaño en ultrages.

Esta actitud mia en presencia de la reaccion que se agitaba por apoderarse de los destinos públicos, no fué un misterio para mis amigos los leales partidarios de la buena causa liberal; y algunos Estados y gefes militares que se habian adherido al pronunciamiento porque veían en mi persona una garantia para aquella causa, y palpaban las dificultades de la situacion anterior, se despronunciaron despues para volver al órden constitucional, ó para aguardar el desenlace de los acontecimientos en una prudente expectativa.

En cuanto á la coalicion, las principales personas que figuraban en ella, se engañaron tambien con respecto á mis intenciones: creyeron quo yo habia renegado de mis principios, y vendido perfidamente á mis correligionarios; y en sus papeles, y en sus documentos oficiales me pintaron con los colores que semejante traicion habria merecido, si hubiera sido cierta. No tenian razon para ello; y el odio de la reaccion debia haber bastado para justificarme ánte los amigos de la libertad, si la exaltacion de aquellos momentos no lo hubiera impedido.

Firme yo en mi propósito de conciliar el órden con la libertad, y de establecer en bases sólidas estas dos condiciones indispensables de la felicidad pública, no podia entrar en pactos de alianza con la reaccion, porque la reaccion era el despotismo con todas sus consecuencias; pero tampoco podia en conciencia volver atrás para ajustar mi política á las tendencias de los coligados, porque su fanatismo por la constitucion de 57, era un obstáculo invencible para la realizacion de mi pensamiento. Este se podia lograr mejor partiendo del plan de Tacubaya, cuyo espíritu precisamente tenia que ser un espíritu de progreso, y de ninguna manera podia ser otro, mientras yo figurára en él. Por estas razones habia formado la resolucion de marchar al interior de la República á la cabeza de las tropas que habian proclamado aquel plan; y ya habia empezado á hacer los preparativos de esta marcha, seguro de encontrar una solucion pacífica para las cuestiones que nos dividian, cuando un nuevo acontecimiento vino de repente á dar otra faz á la crisis que atravesabamos.

La reaccion habia trabajado con un ardor infatigable por convertir en su provecho aquella crisis, y lo habia logrado. La brigada Zuloaga hizo un nuevo pronunciamiento el 11 de Enero, desconociendome á mí, y dejando ver claramente el término á donde

iba á parar. Los pronunciados se apoderaron de la ciudadela, de algunos cuarteles y de otros edificios importantes: á ellos se habian reunido los conspiradores de siempre, las notabilidades de la oposicion de dos años, los hombres de Zacapoaxtla, de Puebla y de San Luis. No habia duda: era la reaccion en todo su desarrollo, que levantaba la cabeza en la misma capital de la República, ayudada por soldados desleales, y que amenazaba osadamente al gobierno liberal abandonado de los suyos.

Aquel acontecimiento era una nueva dificultad en la serie interminable de las que habian embarazado mis pasos; y sin embargo yo respiré con él, como quien se siente libre de una carga pesadísima que le abrumba. Mi posicion desde el 17 de Diciembre, habia sido penosísima, no porque hubiera yo vacilado nunca en ella, sino porque interpretandola cada uno á su antojo, pocas interpretaciones podian serme favorables, estando tan enconadas las pasiones en aquellos dias. Pero desde el 11 de Enero mi posicion estaba ya tan clara como la de mis enemigos, porque el pronunciamiento, llevando á cada uno á su campo y entregandole su bandera, habia dado á cada cual el papel que le correspondia: á ellos lidiar por el despotismo; á mí defender la libertad. Al declararme la guerra, la reaccion me conocia mejor y me hacia mas justicia que los coligados: la primera sabía que mis sentimientos, mi nombre, y mi vida estaban identificados con la causa de la libertad, del progreso, y de la reforma, mientras que los segundos me ofendian suponiéndome capaz de hacer causa comun con los partidarios de la tiranía, de los abusos y del retroceso.

Con la parte de la guarnicion que habia permanecido fiel á sus deberes, y algunos cuerpos de guardia nacional, me preparé al combate, tomando las medidas convenientes de ataque y de defensa. Pasáronse en estos preparativos algunos dias, durante los cuales hice cuanto en mi poder estuvo por evitar aquella guerra fratricida; mas nada pude conseguir, porque los enemigos no quisieron prestarse á ninguna transaccion racional y justa, sino que se obstinaron en que habia de triunfar definitivamente la reaccion, y en que se habia de dar por vencida la causa liberal. De este modo levantaron ellos mismos en su contra la legalidad que se habia abandonado, y yo propuse volver á ella y entregar el poder supremo á la persona que la ley designaba, supuesto que destruido el plan de Tacubaya por sus mismos autores, y siendo ya patentes las tendencias reaccionarias del nuevo pronunciamiento, menos malo era volver al punto de partida. Me fijé en esto como base de toda transaccion, porque ya entonces se veia claro que si la

República no había aceptado bien la constitucion de 57 porque con ella no se podía establecer la libertad en bases sólidas, menos había de aceptar el plan de la Ciudadela que entronizaba al despotismo. Con aquel plan no quedaba ninguna esperanza de libertad, mientras que con la constitucion no era imposible que se asegurase el orden, supuesto que podía ser reformada en buen sentido, una vez pasada la crisis y despreocupados los ánimos con los peligros de ella. No era pues una inconsecuencia en mí el querer en aquellos momentos, que el país tuviera con la constitucion alguna esperanza, en lugar de entregarle en manos de la reaccion que le cerraba todas las puertas: y para que desapareciera hasta la menor sombra de interés personal, y que esto no sirviera de obstáculo á un arreglo satisfactorio, no solo ofrecí resignar el poder, sino abandonar el país.

Aquí debo hacer una observacion que sirva de respuesta á la especie de que hubo miras de interés personal en mi conducta de entonces. Si móviles tan mezquinos me hubieran impulsado á obrar, habria hecho precisamente lo contrario de lo que hice. Mi interés estaba ligado con la subsistencia de la constitucion, porque acababa de ser electo Presidente de la República por el voto casi unánime de los pueblos, y aquella constitucion me aseguraba un periodo de cuatro años en la primera Magistratura, abriéndome la puerta para la reeleccion en otro periodo igual. En consecuencia mi interés podía aconsejarme no aceptar el plan de Tacubaya, y sin embargo le acepté. Despues del 17 de Diciembre, nada mas fácil que haber satisfecho mi interés personal obsequiando las exigencias de la reaccion para conservarme en el primer puesto del Estado; y sin embargo, rechacé aquellas exigencias. Despues del 11 de Enero tambien era cosa sencilla volver al orden constitucional y ocupar la Presidencia conforme á la ley, en cuyo caso habrian venido en mi apoyo las fuerzas de la coalicion; y sin embargo, no lo hice. La verdad es que yo sacrifiqué entonces mi interés personal, sin acordarme de él, y que pensando únicamente en la salvacion de mi patria y de mis principios, les hice el sacrificio, mas caro todavia, de mi sosiego, de mi reputacion y de mi gloria.

Perdida la esperanza de impedir que las dificultades vinieran á parer á un rompimiento, quise evitar á los habitantes de la capital los horrores de una sangrienta lucha, y con este obgeto propuse que las dos fuerzas beligerantes saliesen á situarse fuera de un radio de siete leguas lejos de la poblacion, para batirse en el campo, sin



que los desastres de la batalla alcanzasen al vecindario pacífico : mis enemigos rechazaron absolutamente esta propuesta.

Ya que no habia podido evitar al pais el escándalo de una guerra, y á la ciudad el espectáculo de una batalla en sus calles, procuré que á lo menos se respetáran los fueros de la humanidad, y que los intereses morales y materiales de la sociedad estuvieran á salvo en cuanto fuese posible, mientras las hostilidades duráran : con este fin propuse que se declaráran neutrales las cárceles de la ciudad, los hospitales y los cementerios, para que los presos fueran debidamente custodiados, para que se curára á los heridos, y para enterrar á los que murieran en la pelea : mis enemigos se negaron tambien á esto. Yo no podia hacer mas, y ellos no podian hacer menos, en favor de la humanidad afligida y de la sociedad escandalizada.

Llegó por fin el dia 20 de Enero de 1857, que debia presenciar el último combate de mi gobierno por la libertad de la patria. Yo habia reunido unos 5,000 hombres de todas armas, entre los que se hallaban en la capital el dia del pronunciamiento y varias partidas que de fuera habian llegado : tenia fé en el éxito de la lucha, y no podia entrar en mis cálculos el triste cuanto vergonzoso evento que dió la victoria á mis enemigos. Estos, que habian sido los primeros en romper las hostilidades pocos dias antes, fueron tambien los primeros en romper el fuego aquel dia contra las posiciones del gobierno. Yo resistí y atacué mientras tuve gente con que atacar y resistir ; pero habia llegado la hora de una defeccion general, y ella puso digno término á las defecciones de dos años. Por la mañana tenia á mis órdenes mas de 5,000 hombres ; por la noche no eran ya ni 500 ; los demas habian desaparecido, yéndose unos á engrosar las filas de los pronunciados, y dispersándose otros por las calles. Los hechos de aquella jornada no son para relatarse en este lugar, ni es necesaria esta relacion para que se comprenda el triste desenlace que tuvieron. Dejo por otra parte á otros la tarea de juzgar mi conducta de soldado, ya que por honor de mi causa y de mis principios he tenido que hacer las reflexiones que preceden, para que no se juzgue mal mi conducta de gobernante.

Mientras pasaban estos acontecimientos, verificábanse otros de gravisima importancia en el terreno de nuestra política. El Presidente de la suprema corte de justicia habia reasumido el poder supremo conforme á la constitucion, habia establecido el gobierno en Guanajuato, y habia sido reconocido por la mayoría de los Estados de la República. Esto habia creado un centro de union en

torno del cual podrian quizás reunirse los partidarios de la libertad, al paso que podia ser una esperanza de remedio para los males de la anarquía de que el pais estaba amenazado; y cualquiera que fuese la opinion mia sobre este particular, mi deber era no poner obstáculos á aquella esperanza. Me decidí pues á ausentarme del pais por algun tiempo, aceptando este sacrificio que las circunstancias me imponian.

Mi permanencia en la República por entonces, no podia serle de ningun provecho, por mas que parezca extraño á primera vista este concepto á los que saben que en aquellos momentos corria la libertad los mayores peligros, y era precisamente cuando mas necesitaba el auxilio de todos sus partidarios. Es verdad que podia yo seguir combatiendo á la reaccion entronizada en la capital, porque algo valia mi nombre aún entre los hombres del partido liberal despreocupados y justos; pero ni podia yo obrar de acuerdo con la coalicion, ni era fácil que ella aceptára de buena voluntad mis servicios, ni era decoroso que yo obrára separado de ella y en mi propio nombre. No era posible lo primero, porque aunque el gobierno de Guanajuato era el gobierno constitucional, y aunque yo respetára la patriótica intencion de los que le sostenian, mal podia prestar mi apoyo á un orden de cosas que me habia parecido insostenible pocos dias antes. No era facil lo segundo, porque en la coalicion prevalecian hombres, principios y tendencias que me eran marcadamente hostiles: los coligados habian sido durante doce dias, simples espectadores de mi lucha en la capital con la reaccion, y no habian tenido por conveniente auxiliarme en equalla lucha desesperada; clara señal de que yo, representante de la libertad templada, de la reforma prudente y de la tolerancia política, no podia ofrecerles por entonces servicios que les fueran aceptables. No era decoroso lo tercero, porque aunque yo no tuviera fé en la constitucion, ni entera conformidad de ideas con los hombres que la defendian, no podia menos de reconocer que aquel gobierno era el gobierno legal, y reconociendo esto, no podia sin desdoro levantar bandera y mandar gente armada por mi cuenta propia, aunque lo hiciera con el carácter de Presidente, y aunque fuera contra un enemigo comun. Yo no queria manchar mi nombre, defendiendo por bueno lo que me habia parecido insostenible al aceptar el plan de Tacubaya; no debia hacer un sacrificio estéril, esponiendome á un desaire que habria caido mas bien sobre mis principios que sobre mi persona; no debia en fin dar á mi patria el escándalo de verme convertido en un faccioso; y alguna de estas tres cosas tenia que suceder precisamente, si me quedaba en el pais despues del des-

enlace que habian tenido los acontecimientos de la capital. Mi presencia en él no habria servido mas que para aumentar los elementos de anarquía que á toda prisa se desarrollaban, y yo no podia contar con fuerzas bastantes para estirparlos.

Por estas razones, y por otras muchas que de ellas se desprenden, despues de haberlo meditado bien, y despues de una penosa lucha con mis sentimientos de amigo, de patriota y de soldado, tomé la dolorosa resolucion de espatriarme; y lo verifiqué con la conviccion de que era este el unico sacrificio que podia hacer en aquellos momentos por mi desgraciada patria.

He formado estos apuntes, que pueden servir de algo para su porvenir, si se aprovechan las grandes lecciones que dá el periodo á que se refieren. Por ellos se verá que mi constante afan en todas las fuses y visicitudes de mi vida pública, fué la realizacion de un pensamiento político que tengo por el unico salvador, supuesto que la República no se puede salvar con la intolerancia y el esclusivismo de las facciones reaccionarias. En vano se dirá que aquella politica no satisfizo á ningun partido, y que por eso todos me abandonaron; porque la verdad es que esto no explica satisfactoriamente la mala fortuna de mi pensamiento: si se malogró, fué porque yo le arrojé en mala ocasion sobre un suelo esterilizado por las pasiones, y no pudo crecer. Pero sembrado quedó allí; y algun dia dará fruto, cuando Dios quiera enviar á mi patria gobiernos mas dichosos que el mio, que marchando por la misma senda, tengan la fortuna de llegar al término que yo anhelaba.

Esta esperanza me consuela, cuando contemplo á la nacion envuelta otra vez en los horrores de la guerra civil, atormentada por la mas espantosa anarquía, y espuesta á sufrir de nuevo el yugo de un despotismo implacable. Todo lo que ha pasado entre nosotros desde el primer dia de nuestra independencia, sirve de fundamento á esta esperanza consoladora, y vienen á corroborarla de una manera palpable los hechos de los dos últimos años. La República mejicana no quiere el despotismo bajo ninguna forma: ¿no lleva cerca de medio siglo de luchar sin tregua por la conquista de su libertad? ¿Y por qué ha derribado tantas veces á sus gobiernos, sino porque unos la han tiranizado á nombre del principio conservador, y otros á nombre del principio revolucionario? ¿Y de donde han venido esas tiranías, sino del empeño de hacer enemigas ideas que deben ser hermanas, el orden y la libertad, la tradicion y la reforma, el pasado y el porvenir? Y si esto ha causado todas nuestras desgracias, y si por esto se han sacrificado tantas víctimas, y si no es otro el motivo de que la República se

haya quedado atrás cuando todo el mundo marcha por las sendas del progreso ; ¿ cual será el remedio de tantos males sino convertir en aliadas esas ideas que el genio del mal ha hecho enemigas, y hacer que se abracen como hermanos los hombres que de buena fé militan bajo esas dos banderas ?

Este fué mi pensamiento durante mi administracion, y este pensamiento no puede menos de encontrar simpatías en un pais civilizado y cristiano, donde toda tendencia humanitaria y toda idea generosa está de acuerdo con el caracter, los sentimientos y las creencias de sus hijos. Ellos han ensayado ya todas las formas, y proclamado todos los principios, á medida que se lo han aconsejado los intereses de clase, el espíritu de partido y el egoismo de las ambiciones : yo espero que abrazarán algun dia con resolucion y con fé una idea que nunca han ensayado, porque nunca la han escrito en su bandera las clases ni los partidos ni los ambiciosos : conciliar todos los derechos y todos los intereses legítimos por medio de la tolerancia, de la fraternidad y de la concordia ; porque si Mejico se ha de salvar, ha de ser por este camino, que no ha de ser por el camino de los odios, de las persecuciones y de la sangre.

I. COMONFORT.

New York, Julio de 1858.

1



